



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Hernández Arregui y la reformulación del concepto de nacionalismo

Martín Gerlo

Argentino. Licenciado en Comunicación Social. Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER).
Contacto: martingerlo@gmail.com

Recibido con pedido de publicación: 28 de octubre de 2014.

Aceptado para publicación: 31 de diciembre de 2014.

Resumen

Hernández Arregui y la reformulación del concepto de nacionalismo

El presente artículo pretende analizar la reformulación del concepto de nacionalismo llevada adelante por el pensador marxista argentino Juan José Hernández Arregui. Para alcanzar este objetivo, el intelectual buscó diferenciarse de los planteos efectuados por el pensamiento hegemónico tanto de derecha como de izquierda, confrontando a su vez de manera directa con el liberalismo y la generación de escritores y artistas exponentes de esas ideas en la región. Desde sus primeros artículos periodísticos durante la Segunda Guerra Mundial hasta los últimos trabajos durante la década de 1970, Hernández Arregui pondrá especial énfasis en las particularidades de los países coloniales y semicoloniales del mundo y de Latinoamérica en particular. Para ello atribuirá gran importancia a aspectos soslayados por el marxismo ortodoxo, como las manifestaciones culturales y su interrelación siempre compleja y no mecánica con un ciclo económico determinado, construyendo en consecuencia un esquema epistemológico original cuya riqueza y validez es importante revisar desde la actualidad.

Palabras claves: Hernández Arregui; marxismo; nacionalismo; izquierda; peronismo.

Summary

Hernández Arregui and the reformulation of the concept of nationalism

This article intends to analyse the re-formulation of the concept of nationalism carried forward by the Argentine Marxist intellectual Juan José Hernández Arregui. To achieve his aim, he sought to differentiate himself from the issues of both right and left hegemonic thinking, and confronted in a direct way with liberalism and the generation of writers and artists who held those ideas in this region. From his first journalistic articles during the second World War until his last works in the 1970s, Hernández Arregui laid special emphasis on the peculiarities of the colonial and semi-colonial countries of the world and of Latin America in particular. Therefore, he attributed great importance to aspects avoided by orthodox Marxism, such as cultural manifestations and their complex and not mechanical interrelation with a given economic cycle, consequently constructing a novel epistemological scheme, the richness and validity of which is important to review from present perspectives.

Keywords: Hernández Arregui; Marxism; nationalism; left; Peronism.

Introducción

La vida de Juan José Hernández Arregui (1912-1974), pensador insoslayable en el campo de las ideas argentinas, estuvo marcada a fuego por el devenir histórico de la clase obrera nacional, y su biografía acompañó como la sombra al cuerpo el auge, desarrollo y repliegue de los sectores populares a los cuales les dedicó ininterrumpidamente su trayectoria intelectual y militante. Su nacimiento¹ tuvo lugar ocho meses después de que el Congreso sancionara la Ley Sáenz Peña, herramienta fundamental para posibilitar la llegada del yrigoyenismo al poder y con él de los sectores medios que protagonizaron una experiencia hasta entonces inédita. Su muerte, en tanto, se produjo en el prólogo a una de las etapas más nefastas de la historia nacional, cuando la infame Alianza Anticomunista Argentina —que ya lo había amenazado de muerte— daba inicio a una feroz represión que tendría como principales destinatarios a los trabajadores e intelectuales de izquierda, marcando el comienzo de una contundente derrota de los sectores populares cuyas consecuencias se extienden hasta nuestros días. Los años de formación de este pensador coincidirán con aquella larga década signada por el derrocamiento del caudillo radical y la presencia de una clase dirigente fuertemente sometida a intereses extranjeros, que tendrán como contrapartida el surgimiento de escritores y grupos abocados a la dilucidación de los problemas producidos por la inserción neocolonial del país en el esquema capitalista mundial. Primero en Villa María, y luego en Córdoba, Hernández Arregui agregará a sus ideas provenientes de lecturas autodidactas una mayor sistematicidad, al ingresar a la carrera de Filosofía donde conocerá a su maestro Rodolfo Mondolfo², quien le enseñó los aportes fundamentales de un marxismo heterodoxo y humanista que se sumarán a su marcado pensamiento antiimperialista, deudor de las ideas del grupo FORJA³.

Las posiciones de los distintos grupos intelectuales durante la Segunda Guerra Mundial, principalmente de aquellos enmarcados en la izquierda, interpelarán al entonces joven escritor y lo estimularán para desarrollar sus primeras elaboraciones teóricas en torno al problema del nacionalismo, más precisamente de los nacionalismos en pugna durante el conflicto bélico y la naturaleza radicalmente distinta de aquéllos con las actitudes defensivas de las naciones periféricas. Esta posición será central para comprender su temprana adhesión al peronismo, interpretado entonces por sectores liberales y de izquierda como una versión vernácula del nazismo, lectura que esos círculos someterían a una profunda revisión y autocrítica una década después, período en el cual, no por casualidad, comienza a tener mayor presencia la producción intelectual de Hernández Arregui⁴.

¹ Si bien algunos autores ubican su nacimiento al año siguiente, preferimos respaldarnos en Galasso (2012), quien es autor de una detallada investigación biográfica e intelectual sobre el pensador en cuestión.

² Rodolfo Mondolfo fue un filósofo marxista italiano que llegó a la Argentina durante la década de 1930, tras huir del fascismo, y se desempeñó como profesor en distintas universidades del país, fundamentalmente Tucumán y Córdoba.

³ Fue el propio Hernández Arregui uno de los pensadores que más contribuyó a repasar y difundir la historia de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), a cuyo derrotero le dedica un extenso capítulo de *La formación de la conciencia nacional*.

⁴ El primer trabajo de Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura* [1957], aparece en medio de la proscripción del peronismo que lo llevó unos meses a la cárcel, y luego de que varias editoriales rechazaran publicarlo. A pesar del contexto adverso, el libro logró tener recepción en sectores minoritarios pero intensos de la izquierda, que por aquellos años comenzaban a revisar muchas de sus posiciones. El prólogo a la segunda edición [1964] de Rodolfo Ortega Peña, quien fuera militante comunista, da un ejemplo de las consecuencias que la lectura de ese libro trajo en algunos jóvenes intelectuales y militantes. Si bien en una reseña crítica le señala al autor algunos “errores”, sostiene que “no deja de ser un libro fundamental para los que estamos del lado de acá de la lucha” (Hernández Arregui, 2005).

El escenario político que se presentaba promediando la década de 1960, condicionado por las luchas revolucionarias de los países del tercer mundo, orientó la producción de Hernández Arregui hacia el desarrollo de un concepto presente en todos sus trabajos, el de *Nación*, pero que hasta aquel momento no había sido presentado en profundidad sino más bien en tensión y cooperación con otras de sus ideas. Del mismo modo que sostuvo en reiteradas oportunidades, de una izquierda sin conciencia nacional y un nacionalismo reaccionario era esperable que surja, como consecuencia dialéctica de sus limitaciones y el ascenso de la clase obrera, una corriente superadora que conjugue la correcta valoración de las particularidades regionales —principal déficit atribuido al socialismo y comunismo vernáculo— con ese “amor al pueblo” del que careció a su criterio la derecha nacionalista. Aquel fenómeno político con su inextricable consecuencia teórica fue madurando y en modo alguno se limitó a la Argentina, aunque, como en todo proceso, la historia, estructura de clases y raíces culturales de nuestra sociedad le imprimieron un matiz propio. Los aportes de Hernández Arregui en este período se verán condensados en *La formación de la conciencia nacional* [1960], un análisis crítico de las corrientes intelectuales y políticas que actuaron en el país, abocándose puntualmente al desarrollo teórico de aquella conjugación entre marxismo y nacionalismo por la que bregó durante toda su vida en *Nacionalismo y liberación* [1969].

Ahora bien, ¿en qué consistía este nacionalismo de los países periféricos que defendía Hernández Arregui, enemigo acérrimo del imperialismo pero también de las diferentes tendencias reaccionarias con las cuales compartía aquella denominación? ¿Qué lo alejaba, a pesar de proclamarse revolucionario, de las corrientes marxistas tradicionales? ¿Cuál es el rasgo distintivo de las naciones latinoamericanas que hacen necesario un estudio detallado de su formación y desarrollo, a pesar de compartir con otras regiones un carácter subordinado frente a las potencias económicas que en algún punto hermanó sus luchas por la liberación, fundamentalmente durante las décadas de 1960 y 1970? Estas son algunas de las preguntas que buscó responder Hernández Arregui en un contexto de radicalización ideológica de los sectores medios e intensificación de la violencia revolucionaria, donde los planteos y profundizaciones, si bien son útiles para el desarrollo de sus ideas, en algunas oportunidades respondieron más a una necesidad histórica que a una exigencia teórica.

Nacionalismo reaccionario y revolucionario

El primer paso dado por Hernández Arregui en vistas a la dilucidación de un término complejo y polivalente como el de nacionalismo fue desprenderse paralelamente de un doble equívoco, que para algunas izquierdas se traduce en su lisa y llana equiparación al fascismo y en ciertas corrientes conservadoras y reaccionarias en la formulación de un concepto muerto, una idealización abstracta que remite más a ciertas fronteras geográficas que a las fuerzas sociales vivas que le dan su verdadera significación. Desde esta particular óptica, por lo tanto, se extrae la primera conclusión de que el término nacionalismo no es unívoco, sino que remite a distintas acepciones que varían radicalmente según la posición desde la que se lo sostenga. El objetivo del pensador argentino será, entonces, la reformulación y renovación de esta teoría, “no desde Europa, sino desde las perspectivas peculiares de un país colonizado” (2004: 12), que posee una singularidad y, a la vez, comparte con otras naciones una posición equivalente dentro del antagonismo fundamental que marca su relación asimétrica con las potencias imperialistas.

La palabra nacionalismo implica la dilucidación previa de dos órdenes de cuestiones complejas e interrelacionadas. Una teórica, por lo general, no clarificada por quienes manejan el vocablo, y que es más bien objeto de estudios especializados —económicos, históricos, lingüísticos— y otra práctica, de ahí la imposibilidad de entendernos cuando hablamos de “nacionalismo”, espoleada la cuestión por exigencias presentes, vivas,

actuantes, que dividen en tendencias antagónicas internas a los pueblos coloniales de hoy (2004: 12).

En este punto, donde se presenta una oposición decisiva, el nacionalismo adquiere un doble sentido según se corresponda al contexto histórico de una nación poderosa o un país colonial o semicolonial, esto es, aquellos territorios con independencia formal pero fuertemente condicionados por la estructura económica global del capitalismo⁵. Esta distinción, señala Hernández Arregui, “no es de grado, sino de naturaleza”, y así como el término adquiere un significado contrario según la nación que lo sostenga también lo hará a partir de las clases sociales que “lo proclaman o rechazan”, manifestándose en su *verdadera* acepción teórica y práctica sólo en la actividad revolucionaria de las masas. Aquí se halla la principal y decisiva diferencia entre este nacionalismo y el “nacionalismo de derecha” profundamente caracterizado por Hernández Arregui en uno de sus más importantes trabajos, *La formación de la conciencia nacional*, donde argumenta que la concepción de fondo de aquella corriente, al prescindir de la clase social en la cual es necesario poner especial atención, se convierte en “una abstracción inservible” (2004: 13). De esa generación de intelectuales, que cobró fuerza y se desarrolló como tal fundamentalmente a partir del golpe contra el gobierno popular de Yrigoyen, es necesario según Hernández Arregui destacar sus aportes en materia historiográfica, contrariamente a la labor desempeñada por sus filósofos y ensayistas políticos. Desde la óptica de este pensador, agudo crítico de muchos de los postulados enarbolados por los escritores nucleados en dicha tendencia, la revisión del pasado encarada por profesionales nacionalistas derribó sin embargo muchos de los mitos liberales⁶ que allanaron el camino, aunque no haya sido precisamente su intención, para el estudio de los procesos históricos desde la perspectiva de las masas y los sectores soslayados de las sociedades latinoamericanas, tarea que debieron emprender a partir de estos aportes pensadores de otras procedencias. La herencia de aquellos grupos fue “su innegable fidelidad al país”, que al ser tomada por las propias masas que habían ignorado se convirtió en una “cruzada antiimperialista del pueblo argentino” (Hernández Arregui, 2005).

Así se manifiesta el carácter complejo y contradictorio que las distintas tendencias ideológicas pueden jugar en la historia, más allá de sus proclamas o intenciones de fondo. A pesar de su carácter conservador, aristocrático y antimarxista, el nacionalismo de derecha jugó para Hernández Arregui un rol progresista en relación al proceso de liberación histórica, ya que su comprensión de los problemas del país y la reformulación de la historiografía liberal posibilitó la irrupción de las masas dotadas de conciencia en la política. Del mismo modo, siguiendo este planteo desarrollado por el autor de *Imperialismo y cultura*, filosofías progresistas sin coincidencia con las luchas nacionales de los países dependientes pudieron desempeñar un papel retardatorio en aquel proceso.

⁵ Hernández Arregui, al igual que otros pensadores nacionales como Jauretche y Ramos, dedicó sus esfuerzos a la elaboración de una teoría que pudiera dar cuenta de las consecuencias de ese dominio económico en el plano ideológico. Esta categoría conocida como colonización cultural o pedagógica sobrevuela todos sus trabajos, y su presencia es determinante en el tema que motivó la escritura de *Imperialismo y cultura*, donde se entiende al arte como un producto “interdependiente de las demás manifestaciones sociales” y se analiza a “la generación intelectual que le sirvió de vehículo” al imperialismo y los intereses políticos de las clases dominantes “y cuyo origen puede ubicarse cronológicamente en 1930”.

⁶ Tomamos prestado el término “mito liberal” de un pensador ajeno a aquello que por entonces ya comenzaba a llamarse “izquierda nacional”, como es el comunista Héctor P. Agosti. Sus elaboraciones teóricas en esta línea se acercarán bastante a las ideas de Hernández Arregui, lo cual llevará a ambos a protagonizar un fervoroso intercambio de ideas a finales de la década de 1950.

Ahora bien, podemos advertir en este punto que la precaución metodológica adoptada por nuestro autor para identificar diferencias radicales en lo que otras tendencias —fundamentalmente ciertas izquierdas— veían como una corriente de pensamiento compacta y monolítica no se extiende a la totalidad de lo que llama “nacionalismo de derecha”. Si bien podría compartirse aquella denominación, no todos los pensadores allí encuadrados proclamaron un nacionalismo de corte elitista y desconectado de la actividad de los trabajadores y los sectores populares, tal cual lo indican estudios historiográficos más recientes⁷. Podría suponerse en este sentido que, más allá de sostener afirmaciones que durante mucho tiempo formaron parte de la caracterización hegemónica de las derechas argentinas, este desinterés por establecer algunos matices y salvedades responde también a una estrategia argumental destinada a realzar algunos aportes pioneros de otras corrientes, tales como FORJA o el pensamiento antiimperialista de Scalabrini Ortíz, cuyo diálogo con el nacionalismo hacia fines de la década de 1930 iría “hibridando el discurso original”, dando lugar a tópicos que nutrirían posteriormente el “bagaje de la cultura peronista” y las proposiciones del pensamiento de izquierda de inspiración nacional (Altamirano, 2010: 342). En el mismo sentido cabe mencionar también la particularidad que presenta Leopoldo Lugones como exponente y símbolo de estas ideas en el país, a quien el autor de *La formación de la conciencia nacional* sí le dedica especial atención y valora positivamente muchas de sus posiciones. El escritor, “figura que todos respetaban y que había inaugurado la saga de los libros rectores del pensamiento nacionalista” con *La grande argentina* [1930], se apartó de las ideas del intelectual francés Charles Maurras y del catolicismo profesado por la mayoría de sus pares, dando cuenta la diversidad por la cual “no sería posible colocar bajo el signo de una misma doctrina a los grupos y las personalidades que integraban este pululante universo ideológico” (Altamirano, 2010: 338-339).

La consecuencia principal que puede extraerse de las elaboraciones desarrolladas por Hernández Arregui es que existe, entonces, un nacionalismo *reaccionario*, sostenido en el plano internacional por las potencias imperialistas que subyugan a los países colonizados y que en estos últimos se manifiesta a través de las clases sociales ligadas a aquéllos, sobre todo en la oligarquía terrateniente. Y existe, por otra parte, un nacionalismo *revolucionario*, expresado en la voluntad emancipadora de las masas desposeídas y que en modo alguno es incompatible con el marxismo, tal como sostenían algunas expresiones políticas e intelectuales vinculadas a esta última corriente; del mismo modo, y siguiendo este planteo, equiparar a este nacionalismo con el fascismo es caer en una confusión y un grave error extendido en algunos dirigentes y pensadores de izquierda agrupados en los partidos Comunista y Socialista.

¿Qué es el imperialismo sino el nacionalismo de las potencias poderosas? Hay dos nacionalismos. Uno, el del Estado fuerte que se anexiona al débil. Otro, el nacionalismo de los pueblos débiles contra la prepotencia de los fuertes. Es una hipocresía radical, aunque se tiña de amor universal y se apele a los féretros de Nuremberg, la identificación del fascismo con los nacionalismos de los países dependientes (2005: 29)

⁷ Un completo itinerario de los estudios sobre las derechas y los nacionalismos en la Argentina puede hallarse en RUBINZAL, Mariela (2012) *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina [1930-1943]: Discursos, Representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo del trabajo [en línea]*. Trabajo final de grado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.450/te.450.pdf>

Habiendo advertido sobre este antagonismo irreductible, sobre el cual se erigirán los planteos posteriores, cabe entonces preguntarse qué se entiende genéricamente por *Nación*:

Nación es un grupo humano establecido en un ámbito geográfico, jurídicamente organizado en Estado, unido por un conjunto de valores materiales y espirituales, una lengua, un pasado común e instituciones también comunes, acatados como normas de la convivencia social, a pesar de las tensiones de clase, y que otorgan, en tanto valores conservados por tradición en la memoria del pueblo, una peculiar semejanza a la comunidad nacional (2004: 53).

Atendiendo a esta definición, vemos que si bien Hernández Arregui le concede importancia al ámbito geográfico y la formación de un Estado dentro de la idea de Nación, aquello que lo une son “valores materiales y espirituales” que, sin excluir las diferencias de clase, se ubican sobre ellas, asemejándola con la “comunidad nacional”. Siguiendo esta definición, es necesario detenerse en las características particulares de las naciones latinoamericanas, estudiando su formación como Estados y diferenciándolas de los procesos que tuvieron lugar en Europa. En primer lugar, del análisis surge que aquéllas nacen de una disgregación, contrariamente a, por ejemplo, Alemania, donde tuvo lugar la concentración nacional de sus antes dispersos estados. El resultado inmediato será el debilitamiento de unos, a raíz de una división ficticia, y el fortalecimiento del otro, producto de la potenciación de las partes que lo componen en una sola entidad. El nacionalismo de los países dependientes, a su vez, nace de la confluencia de dos factores totalmente distintos a los que originaron los nacionalismos totalitarios como el nazismo y fascismo: en primer término, de la experiencia negativa que genera la explotación imperialista, creando la conciencia del posible —y necesario— desarrollo de la economía bajo directivas nacionales, y en segundo lugar de la conciencia de que sólo la independencia económica hará que el trabajo social sea dueño de su propio esfuerzo (2005b, 160-161).

Esta distinción teórica, desarrollada y profundizada a lo largo de los años, ya había distanciado a Hernández Arregui durante la Segunda Guerra Mundial de otros pensadores de izquierda opositores a la neutralidad argentina en el conflicto bélico, quienes se inclinaban a apoyar a los aliados y llamaban enérgicamente a conformar frentes democráticos en el plano local para combatir al fascismo. En un artículo periodístico al respecto publicado en 1940 en el periódico cordobés *Nueva Generación*, ya adelantándose a las críticas que despertaría su posición, el pensador argentino dejó en claro este punto: “Los pueblos sudamericanos son colonias disfrazadas (...) La Argentina repudia al nazismo. Comprende que un triunfo alemán, con su consecuencia inmediata, la expansión del nacionalismo germánico en su forma más violenta, es una amenaza angustiosa”, sin embargo, a lo que se opondrá es a que “nuestro país envíe toneladas de carne nativa” a Inglaterra, como desean “algunos compatriotas interesados”. En lugar de entregar la “riqueza nacional” al país imperialista que dominó durante décadas amplias ramas de la economía argentina, Hernández Arregui propuso en aquel entonces que, sin dejar de ayudarlo, se inicie “una política hábil sobre los cereales y las carnes, una política realista de recuperación nacional” (Galasso, 2012: 43).

Dos décadas más tarde Hernández Arregui afinará este análisis práctico sobre los nacionalismos, en un planteo donde pueden rastrearse las huellas de aquellos debates alrededor de la Segunda Guerra Mundial y la posición de los países subordinados frente a las potencias en conflicto. Así, dirá que el nacionalismo se manifiesta bajo tres formas: el de las llamadas “democracias libres” —es decir, aquellas potencias imperialistas que se enfrentaron a los fascismos—, el de las naciones

postergadas en el reparto del mundo —como Alemania e Italia, que niegan la democracia de sus adversarios— y el de las colonias (2005b: 162). De esta forma, si bien establece una distinción entre el bloque de países beligerantes, engloba en las dos primeras categorías a lo que posteriormente llamaría *nacionalismo reaccionario*, que no surge como en los países periféricos de una actitud defensiva contra la penetración extranjera sino, por el contrario, de un afán expansionista, y que mientras uno de ellos es correctamente atacado, el otro es incorrectamente embellecido por las fuerzas *democráticas* locales. Dentro del tercer grupo, por las características de su formación y desarrollo histórico, los países del sur de nuestro continente representan un tipo distinto, signado por la comunidad cultural que los hermana como una gran nación iberoamericana.

La disolución de América y el nacionalismo iberoamericano

Tomando en cuenta estas observaciones, y analizando el concepto de *Nación* desde una óptica atenta a los aspectos culturales que le dan cohesión a lo que de otro modo sería sólo una declaración jurídica, ¿cómo debe plantearse correctamente el problema desde los países de nuestra región?

“La oligarquía amaestró a una serie de generaciones argentinas en el arte de pensar con muletas. Se nos enseñó que la emancipación de España significó el ingreso a la vida libre e independiente. Es una de las tantas falsificaciones que hay que demoler” (2004: 67), subrayó oportunamente Hernández Arregui sobre esta cuestión. Aquí el pensador argentino se refiere puntualmente al momento que la historiografía oficial suele considerar como la fundación de las naciones en nuestro continente: las revueltas emancipadoras del siglo XIX. Las ideas que las motivaron, señala, se expandieron rápidamente en las ciudades conectadas al tráfico mercantil de ultramar, como Buenos Aires o Caracas, pero encontraron mayores resistencias en las poblaciones interiores, que no fueron movilizadas —contrariamente a lo que suele indicarse— por un sentimiento antiespañol ni separatista: “Son las capas altas, tanto españolas como criollas, las que habrán de sacrificar la unidad de América, al entrar como clases subordinadas al comercio mundial” (2005b: 47-49). El principal motivo de las revoluciones, aun atendiendo a sus contradicciones y aspectos progresistas, fue económico: los grupos criollos dominantes buscaron eliminar el aparato fiscal metropolitano y desplazar al poder español ocupando su lugar de privilegio, insertándose en el esquema de intercambio propuesto por las grandes potencias. La fragmentación de los pueblos americanos es una consecuencia de este proceso, beneficioso para Estados Unidos e Inglaterra:

América fue espacial y políticamente partida, Colombia seccionada en tres regiones nominales, México cercenada, Argentina, Paraguay, Uruguay y Bolivia padecieron el mismo hado y se convirtieron en cuatro naciones fantasmales (2005b: 71).

El estudio detallado de la formación de los estados nacionales en la América Hispánica permite vislumbrar sus verdaderos caracteres, cuya consecuencia principal será la valoración negativa de las divisiones impuestas entre sí y, por consiguiente, el rechazo de los nacionalismos regionales o locales, que reproducen, parcializados, los intereses agrarios de las oligarquías hostiles a la unidad continental. Aquí se halla, como pudimos ver, una diferencia decisiva y central entre la posición de Hernández Arregui respecto al “nacionalismo de derecha”, que entre otras cosas carecía a su criterio de esta visión continental que constituye el signo distintivo de aquellas elaboraciones teóricas. Para el autor de *¿Qué es el ser nacional?*, estos nacionalismos serán sustituidos por la conciencia histórica de la nación iberoamericana.

La característica de todo nacionalismo en países como los iberoamericanos debe consistir no en la conservación de naciones segregadas, sino al revés, en la superación de los aislamientos regionales en pos de un nacionalismo iberoamericano, capaz de enfrentar a las metrópolis colonizadoras, que justamente, nos quieren argentinos, mexicanos, brasileños, chilenos, peruanos, etc. mediante el mantenimiento de fronteras geográficas fantasmas, sin realidad propia, pero necesarias a la voluntad disgregadora de los dominadores (2004: 70).

Este esquema epistemológico propio, inspirado en un marxismo atento a los rasgos culturales de los pueblos, es lo que le permite al pensador argentino arribar a una conclusión original y argumentada sobre el problema de las nacionalidades en América latina, que por sus tradiciones y formación histórica prefiere llamar Iberoamérica o, en su defecto, América Hispánica. La unidad de los pueblos que la componen no es únicamente, como representa para otros pensadores, una estrategia política para hacerle frente a las potencias, sino un rasgo indisoluble de su identidad común que, a pesar de las fronteras impuestas a comienzos del siglo XIX, no puede ser borrada y persiste en sus raíces culturales.

Por encima de aquellas diferencias regionales accesorias, un mismo perfil identifica a Iberoamérica, mezcla de las fascinantes culturas indígenas precolombinas y de España y Portugal. Parecidas costumbres, similar folklore, un arte sorprendente que nos diferencia de todas las culturas universales otorgan a Iberoamérica una homogeneidad, tal vez la más unitaria del mundo, a lo cual se asocia la comunidad lingüística, que no existe ni en Asia, ni en África ni en Europa (2011b: 18-19).

Una nación —remarca Hernández Arregui— sólo se construye sobre el pasado, tal como hicieron otros países que se organizaron revalorizando sus tradiciones culturales e idiomáticas. En nuestra región sucedió lo contrario: “Las oligarquías vencedoras borrarón el pasado del pueblo, hablaron en francés y traficaron en inglés. Hasta se avergonzaron del idioma español, y si no lo extirparon, fue porque el pueblo se mantuvo impenetrable al extranjerismo de la clase dirigente”. Este extranjerismo constituye en el plano cultural “el revés sin brillo de la entrega material” (2011b: 17-18), y en la lucha por la liberación debe sobrevenir el rescate y revitalización de estas tradiciones colectivas, costumbres, creencias y folklore desplazados e invisibilizados tras la institución del orden conservador y extranjerizante.

La libertad importada

Junto a la independencia de España y la apertura a los mercados internacionales, que reconfiguraron el mapa político en la región, las clases dominantes aliadas al capital extranjero importaron no sólo manufacturas, sino también ideas provenientes del viejo continente. La filosofía dominante en la Europa de aquellos años, el liberalismo, había nacido junto al desarrollo industrial y cumplió en su comienzo un papel progresista, que luego fue degenerando en un sistema reaccionario a medida que el capitalismo comenzaba a mostrar los efectos políticos que genera la explotación que le es inherente. En América, en cambio, el liberalismo posterior a 1853 ingresa “con la disolución de las industrias en desarrollo del período hispánico”, y se presenta como “una ideología desconectada

de un piso histórico propio, al acoplarse a estructuras económicas de tipo agrario”. De esta forma, se tornó un “liberalismo de parodia”, una “filosofía contrahecha” (2005b: 61).

Lo mismo puede afirmarse respecto al positivismo, que si en Europa surgió como reacción contra el romanticismo y el idealismo, fue aquí un anexo sin raíces culturales, una “ilusión y un anacronismo” que trajo consigo una mentalidad generalizadora “ajena a las particularidades” de nuestro continente (2005b: 85). Esta filosofía impregnó las ideas políticas de las clases dominantes abocadas a organizar a la Argentina durante la segunda mitad del siglo XIX, y en todas las esferas, desde las leyes y constitución hasta el sistema educativo, su presencia fue determinante. Las casas de altos estudios fueron fieles exponentes de estas ideas:

A las universidades les tocó transmitir ese ideal de vida de la oligarquía positivista a las clases medias con acceso a la cultura, particularmente a los hijos de inmigrantes. Este positivismo, sin embargo, cumplió una doble función. De un costado, desmoronó las columnas aún en pie de la antigua cultura eclesiástica y, en tal sentido, fue un soplo renovador, mas por el otro, en nada contribuyó al progreso que pregonaba, dado cada vez el más estrecho enfeudamiento de las oligarquías de la tierra (2005b: 86).

En este período comienza a tener lugar un retroceso de las culturas nativas, que lo llevará a Hernández Arregui a afirmar que fue “un siglo de imitación” en todas las disciplinas y que comenzó a producir los primeros síntomas de agotamiento en sus postrimerías. Sin embargo, estas incipientes manifestaciones, nacidas como reacción a la hegemonía positivista, no tendrán lugar en el plano filosófico sino en el artístico:

Si esa cultura hispanoamericana se ha exteriorizado como arte y no como filosofía, como emoción más que como idea, tal hecho no se debe a una cualidad primogénita del alma hispanoamericana, sino a que primero la realidad colonial es vivida como opresión, y después, pensada como liberación (2005b: 93).

La ausencia de una filosofía propia, es decir, originaria y característica de los países latinoamericanos, es atribuida por el pensador argentino a dos factores que pueden leerse como ambas caras de un mismo fenómeno: la adhesión de las “capas pensantes” a la política antinacional de la oligarquía y la incomunicación de las “inteligencias iberoamericanas mejor dotadas” producto de la fracturación nacional del continente.

En un sentido distinto, pero situando la crítica dentro del mismo proceso histórico —y, por consiguiente, advirtiendo consecuencias en algún punto similares—, Hernández Arregui historiza el ingreso al continente de las ideas emanadas de la obra de Marx y Engels, influidas fuertemente por los procesos políticos europeos en los cuales fueron concebidas. Este reproche a los precursores del marxismo en la Argentina será un punto en común dentro del planteo realizado por los pensadores de la izquierda nacional: la importación mecánica de aquellas ideas, desatendiendo a las particularidades de la región, llevarán a una aplicación incorrecta de las tesis fundamentales del materialismo histórico a la realidad americana.

Aquí cobra especial interés uno de los interrogantes centrales de la revisión teórica y práctica que trae aparejada esta crítica: ¿qué lugar ocupa la idea de *Nación* para el marxismo? ¿Son compatibles

marxismo y nacionalismo? ¿Es aplicable esta filosofía de origen europeo a la realidad de nuestro continente? Hacia allí se orientan precisamente los esfuerzos de Hernández Arregui, que revisará estos conceptos sin desconocer en ningún momento su filiación con el marxismo.

Marxismo y nacionalismo

El principal enemigo a combatir, si se quiere elaborar una teoría renovadora alrededor del concepto de *Nación* desde una perspectiva marxista, es el de su tan mentado “internacionalismo”, fogueado tanto por los defensores como por los detractores del materialismo histórico. Esta posición de la ortodoxia marxista se recuesta en algunas afirmaciones de Marx y Engels, sobre todo aquella contenida en el Manifiesto del Partido Comunista, cuando señalaban que “los obreros no tienen patria” (S/F: 48), renegando por consiguiente de las luchas emprendidas en el plano nacional —entre ellas las de liberación— que no poseen un carácter de clase. Hernández Arregui dedicará varios pasajes de su obra a esta cuestión:

El triunfo teórico del marxismo obliga a sus adversarios a disfrazarse de nacionalistas, y a un tiempo, defensores de la “libertad”, valor supremo que en la era imperialista, encuentra su negación histórica cabal en la existencia de millones de seres sin derecho a la existencia, y que no podrán saltar a la libertad sin antes romper con el único internacionalismo conocido: el internacionalismo del capital. Marx y Engels eran, en efecto, internacionalistas contra ese internacionalismo (2004: 47).

El pensador argentino subraya que aquélla afirmación no significa que para Marx el obrero no tenga patria, sino que esa patria no le pertenece (2004: 47), y que de ningún modo ello implica desconocer que, en la marcha del capitalismo al socialismo, lo nacional se antepone a lo internacional.

El encargado de ahondar esta cuestión —señala Hernández Arregui— fue Lenin, quien al asistir durante el siglo XX al nacimiento de nuevas nacionalidades habló no ya de “movimientos democráticos burgueses” sino de “movimientos nacionales revolucionarios” (2004: 48). Estas luchas no implican dejar de lado las diferencias de clase ni mucho menos suprimirlas, lo que sería una “utopía reaccionaria”, sino la “unidad patriótica de clases contra la clase dominante vendida al extranjero, es decir, es un caso particular de la lucha de clases” (2011: 380). Un ejemplo en esta línea —reseñado en diversas oportunidades por los pensadores de la izquierda nacional— lo constituye la alianza de clases surgida en la Argentina alrededor del proceso industrializador, que si bien en sus comienzos durante la década de 1930 fue más compleja de lo que suele presentarse, y contó incluso con el apoyo de sectores dirigentes ligados al agro, se orientó luego hacia el proyecto político que llevó a Perón al poder.

Presentado este punto, el problema consiste entonces en dilucidar la relación de la clase trabajadora con el nacionalismo: ¿puede decirse que su lucha es nacionalista?

Sí, es nacionalista. Pero el nacionalismo del proletariado no es el “nacionalismo” de grupos, en algún modo afines a las clases altas. No es reaccionario. Es argentino e iberoamericano y lucha por la libertad (2004: 244).

En el mismo sentido, Hernández Arregui dirá que las masas “son siempre nacionales aunque ignoren la definición de *nación*” (2011b: 47), ya que luchar por la liberación es, en definitiva, apostar a la construcción de la nación.

Al expulsar al imperialismo de sus países esta clase desposeída liquida a la oligarquía nativa, suprimiéndose a sí misma mediante este doble hecho como masa explotada.

La constitución de Estados nacionales libres es el nudo central de la Historia actual del colonialismo. Sólo los chatos simplificadores pueden negar el hecho *nacional* y sustituirlo por el *universalismo*, por los sermones humanitaristas de los educadores del proletariado que chapotean en el aguazal de las ideas patentadas. Verdaderos astrónomos de la política internacional ven directo a Europa, Asia y África. También la luna. Menos a la Argentina. Viven, en efecto, en la luna. Pero la violencia colonial termina por despertarlos. La Argentina ofrece un buen ejemplo. El pensamiento de la izquierda rechazó durante mucho tiempo al nacionalismo. Lo identificaban con el fascismo, el nazismo, el franquismo. Fue necesaria la aparición de las masas peronistas para quebrar la colonización mental. Ahora empiezan a comprender que su adhesión sentimental al socialismo era edénico. Al socialismo sólo puede arribarse previa la subversión nacionalista (2011b: 141).

En otra parte, valiéndose de Lenin, dirá que el internacionalismo no excluye a las luchas de liberación nacional, y que la lucha “particular” de los argentinos no puede separarse de la lucha “general” de América latina, ni esta última de la más general aún de todos los pueblos coloniales del mundo. Es el propio marxismo, a través de los textos de sus máximos exponentes, el que brinda pistas para encarar la cuestión. Sin embargo, Hernández Arregui volverá a cargar las tintas contra los representantes de aquella corriente de pensamiento en el país con una aguda ironía:

Pero en la Argentina, Lenin se ha convertido en un dogma muerto, Stalin en un muerto vivo y Marx en una momia (2011: 97).

Similitudes con las ideas de Jorge Abelardo Ramos

Otro pensador de izquierda que le dará gran importancia a la cuestión nacional es Jorge Abelardo Ramos, quien entabló a comienzos de la década de 1960 una relación intelectual y política con Hernández Arregui, a quien tiempo atrás había calificado como “la mejor pluma del país”, aunque luego las diferencias metodológicas terminaron por distanciarlos. El teórico marxista, posteriormente fundador del Frente de Izquierda Popular (FIP), recuerda que el día posterior a escribir el *Manifiesto Comunista*, donde se encuentra la afirmación de que los obreros no tienen patria, Marx y Engels viajaron a la Alemania revolucionaria a incorporarse junto con la burguesía a la lucha por la democratización y la unidad de la nación feudalizada (Ramos, 2011: 369). Así, cuestiona la “sacralización” del filósofo alemán que “ha contribuido a forjar la imagen de un dios infalible” incluso en la cuestión nacional, donde a pesar de sus diferencias de criterio y omisiones, en modo alguno puede sostenerse que hayan sido opositores a esta clase de luchas. Sin embargo, recuerda Ramos, sí es cierto que en su clásico texto dirigido al proletariado mundial Marx y Engels ni siquiera mencionaron los problemas de estrategia revolucionaria en los países coloniales y semicoloniales, e

incurrieron a su vez en una desvalorización anacrónica de la idea de patria que mereció la revisión de Trotsky y fue retomada por él mismo.

Patria, Estado y Nación, mucho más que el supuesto espectro del comunismo que según Marx recorría Europa, aparecía como el movimiento revolucionario que buscaba terminar con la parálisis del Congreso de Viena y de Metternich realizando la unidad nacional de Alemania, Italia, y la eliminación de los imperios multinacionales opresores de nacionalidades (Ramos, 2011: 370).

El autor de *Historia de la Nación Latinoamericana*, de esta forma, sostiene que era “el nacionalismo y no el comunismo el protagonista de la historia europea cuando Marx escribió el *Manifiesto Comunista* y lo sería para el mundo subyugado de Asia, África y América Latina hasta el fin del siglo XX” (Ramos, 2011: 370).

Luego de abocarse al estudio de la situación irlandesa y redactar un informe para la I Internacional, Marx sostuvo que un pueblo que oprime a otro no podía ser libre. Ramos interpreta este análisis como la fundación de la idea revolucionaria de la cuestión nacional, resaltando la contradicción entre nación dominante y nación oprimida. Sin embargo, si bien esta posición era inequívoca, más ambigua era su actitud respecto “al mundo colonial y semicolonial extraeuropeo” (2011: 374-375), que incurrió en “graves errores” como por ejemplo el apoyo de Engels a la agresión norteamericana en México, como así también la célebre crítica de Marx a Bolívar. La cuestión nacional les resultaba clara en Europa, pero no así en América latina, que se encontraba fuera de las preocupaciones del autor de *El Capital*.

Lo que sorprende desde el punto de vista de Ramos no son estas conclusiones de los máximos exponentes del materialismo histórico, en cuya época la cuestión nacional se presentaba bajo caracteres diferentes a los que adquirieron durante el siglo XX, sino que aquellas apreciaciones hayan sido sistemáticamente reproducidas por sus seguidores. Representantes de la II Internacional creían que una política colonial bajo un régimen socialista podía ejercer una “influencia civilizadora”, y el desprecio hacia el pueblo nativo con que muchos de sus exponentes en los países dependientes se manejaban parecía reafirmar esta tesis. Leninistas y stalinistas, según esta crítica, reprodujeron los mismos esquemas, basados en una profunda incomprensión de la realidad del continente que contó con un fuerte arraigo en los partidos comunistas locales: “Excepción hecha de Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui, ninguno de los partidos comunistas latinoamericanos pudo brindar una generalización teórica y creaciones originales a las grandes experiencias revolucionarias latinoamericanas” (Ramos, 2011: 367), sostuvo en este sentido el autor de *Historia de la Nación Latinoamericana*. La clave de las lecturas renovadoras en el campo de la izquierda se halla en su profunda revisión historiográfica, que puso especial énfasis en el aspecto cultural y las formas de dominación ejercidas en ese plano. Desde esta visión, el ordenamiento cultural se presenta como la contracara del dominio económico y, por consiguiente, también como un lugar de luchas y resistencia. Hernández Arregui jugó aquí un papel destacado, al explorar en clave materialista y latinoamericana conceptos ligados a este universo simbólico que, salvo algunas valiosas excepciones, había quedado excluido de los estudios marxistas.

Conclusiones

A cuarenta años de su fallecimiento, las preocupaciones que guiaron el trabajo intelectual y militante de Hernández Arregui conservan casi intacta su vigencia y potencialidad creadora.

Estableciendo las precauciones metodológicas que impidan el traslado mecánico de sus ideas a un contexto histórico diferente, sus aportes resultan imprescindibles si se quiere retomar la construcción de un pensamiento nacional y latinoamericano capaz de lograr un diálogo fértil con otras corrientes de ideas que han conseguido su legitimación en ámbitos donde a aquél le está aún vedado, tales como las academias o ciertos círculos intelectuales. La reelaboración del concepto de nacionalismo, aun en sus puntos susceptibles de revisión, constituye una muestra cabal de la importancia de volver a su obra para encontrar allí no sólo un documento que permita reconstruir la historia de las ideas argentinas, sino también para extraer conclusiones elocuentes y conceptos que aún conservan vitalidad.

Bibliografía

- Altamirano, C (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- (2010). “Pensar la Argentina entre dos centenarios”, en Rusell, R. (Ed.), *Argentina 1910/2010. Balance de siglo*. Buenos Aires: Taurus.
- Galasso, N. (2012). *J. J. Hernández Arregui, del peronismo al socialismo*. Buenos Aires: Colihue.
- Hernández Arregui, J. J. ([1957], 2005). *Imperialismo y cultura*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- ([1960], 2011). *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- ([1963], 2005b). *¿Qué es el ser nacional?*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- ([1969], 2004). *Nacionalismo y liberación*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- ([1972], 2011b). *Peronismo y socialismo*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Marx, K. y Engels, F. “Manifiesto del Partido Comunista”, en Marx, K. y Engels, F. (S/F). *Obras Escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.
- Piñeiro Iñíguez, C. (2007). *Hernández Arregui. Intelectual peronista. Pensar el nacionalismo popular desde el marxismo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana.
- Ramos, J. A. (2011). *Historia de la Nación Latinoamericana*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Rubinzal, M. (2012). *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina [1930-1943]: Discursos, Representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo del trabajo* [en línea]. Trabajo final de grado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.450/te.450.pdf>